

Un Milagro

Hace 19 años, el astrónomo polaco Maciej Konacki, mientras trabajaba en el California Institute of Technology (Caltech), encontró evidencias de la existencia de Rebir, un planeta con una órbita excepcionalmente compleja a 149 años luz de la Tierra, en el sistema estelar triple HD 188753 de la constelación de Cygnus. Su movimiento, semejante a un “Pas de Trois” danzante, era resultado de la influencia gravitacional de sus tres soles, formando un ballet cósmico de precisión. Cualquier mínima variación en su trayectoria podría alterar el frágil equilibrio y desencadenar el final de todo. No obstante, los habitantes de Rebir se habían adaptado a esta dinámica, viviendo sus días con una normalidad que desafiaba la precariedad de su situación cósmica.

En la ciudad más importante de Rebir, la exhibición de “Arte Antiguo y Civilización” acababa de inaugurarse. La obra principal, “El Cetro”, ocupaba un lugar central en la galería. Todos buscaban acercarse lo más posible, apretujándose entre sí, para admirar tan maravillosa obra de arte, cuyo fondo negro hacía resaltar el cuerpo dorado de la pieza, finamente curvada en el extremo y construida de un material aún no identificado, proveniente del espacio exterior e incrustada en un meteorito.

Los habitantes de Rebir, posibles descendientes de la estirpe terrícola, desconocían el linaje de sus antepasados y esta era la primera oportunidad para acceder a la única evidencia de su pasado. Aunque algunos estudiosos no estaban completamente de acuerdo, se exhibía como tal.

Abriéndose paso entre el bullicio, Dom se detuvo frente a la pieza y cargó a su hijo en brazos. Quería que el pequeño la apreciara en toda su magnitud.



—¿Qué es? —preguntó Ram.

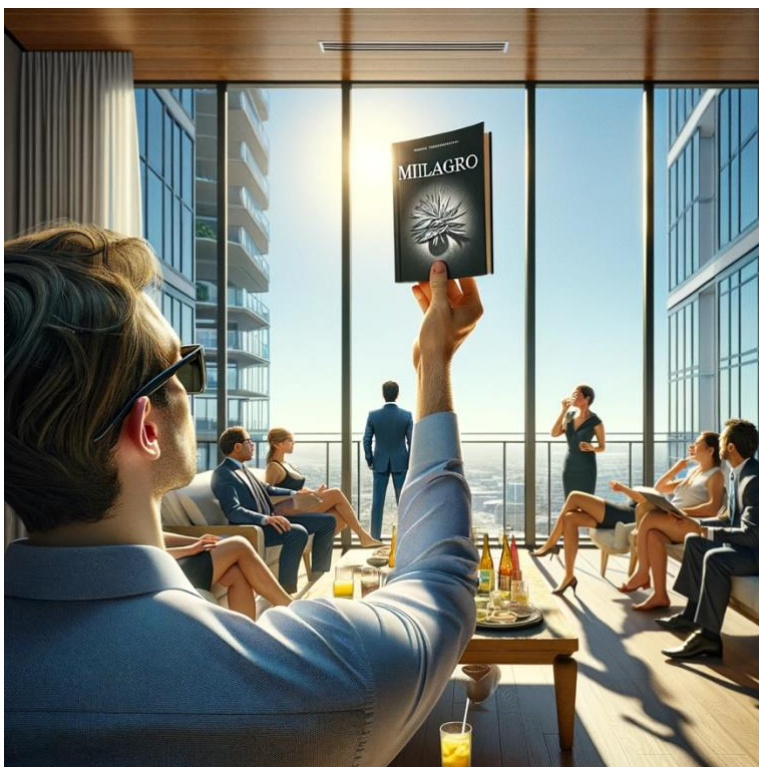
—El símbolo del poder en la Tierra —contestó su papá.

—¿Y ese? —preguntó su hijo, volviendo su mirada hacia un viejo bastón que se alzaba solitario entre la multitud, eclipsado por la atención que todos dirigían hacia “El Cetro”.

—Representa el saber —contestó Dom, quien, como científico en jefe del proyecto “Equilibrio”, sabía de la alta probabilidad de un desastre inminente. Sin embargo, no quería perturbar la paz de la población de Rebir, que apenas se estaba recuperando de una gran guerra.

Muy lejos de ahí, en su pasado y a una distancia de 149 años luz, en un planeta dominado por la sequía, situado en el brazo de Orión en la Vía Láctea...

...Afuera del penthouse el calor era insoportable. No había ni una nube en el horizonte y el sol castigaba sin piedad. Sin embargo, los cristales de las amplias ventanas, además de estar polarizados, adquirían tonalidades cambiantes a medida que caía la tarde, creando la ilusión de encontrarse en medio de un vibrante oasis en lugar de estar inmersos tomando la decisión que cambiaría el destino de los participantes que se adentraban en el noble arte de la escritura.



Adentro, el jurado deliberaba. A pesar de los ardientes debates, no sudaban. El aire acondicionado y las bebidas evitaban el calor y la sed. Las horas pasaban y el jurado seguía dividido.

El cuento seleccionado no cumplía con los criterios establecidos, pero brillaba con un espectro de técnicas narrativas innovadoras. Su audacia en desafiar las normas tradicionales de género y narrativa generaba un dilema ético y estético.

—Debemos sacarlo —dijo escuetamente el director del concurso.

—No podemos crear un precedente —añadió con gesto adusto.

María, a quien el cuento le había gustado al punto de sentir empatía por la protagonista, intervino:

—Más que el formato, revisemos el contenido —afirmó elocuentemente.

El sol comenzó su ocaso, y ellos seguían en un 'impasse'. Samuel, el más práctico, propuso consultar la opinión de dos críticos externos. Todos, agotados por el esfuerzo, estuvieron de acuerdo. Sin demora, enviaron copias del cuento a estos expertos para recabar sus análisis literarios, y cada uno leyó el extracto siguiente:

“Los habitantes del pueblo comenzaban su día muy temprano. Les gustaba aprovechar las primeras horas, antes de que el calor los abrumara. Algunos niños, de paso rumbo a la escuela, se detuvieron a saludar al viejo Salomón, quien ya los esperaba gustoso.

—¿Qué quieren escuchar hoy? —les preguntó.

—¡Un cuento! —respondieron todos en coro.

—Recuerden, es solo un cuento —aclaró el anciano.

—Sí —contestaron emocionados los niños, excepto la tataranieta de Domitila.

—Hace muchos años —empezó diciendo Salomón, y continuó:

“Tss- tss-tss”, sonó el cascabel de la serpiente al desplazarse entre las nopaleras, pero Juana la ignoró. Tenía su mirada fija en el cielo, clavada en la única nube que a falta de viento parecía inmóvil. “La esperanza muere al último”, pensaba mientras la veía. La serpiente pasó cerca de ella y se arrastró entre los bueyes que, echados y exhaustos por el exceso de calor, rumiaban sin inmutarse por el peligro. Cuando Juana bajó la mirada y los vio, movió la cabeza a ambos lados, preocupada. Este comportamiento presagiaba algo malo. Azuzó a los bueyes para que se levantaran y, mientras recogía una piedra y la lanzaba fuertemente contra el cuerpo diamantado del crótalo, murmuró entre dientes: “Se avecina lo peor”.

Aunque Juana no era religiosa, volvió a mirar el cielo, implorando por un milagro. La canícula se había anticipado y los rayos del sol abrasaban por igual a todos en el pueblo. Los perros buscaban refugio entre los puestos de frutas que languidecían a la intemperie. Su hermano Lázaro, el menor de los 7 hijos de Domitila, la vendedora, espantaba a las moscas mientras se limpiaba el sudor de la frente.

Las pocas nubes esparcidas en lo alto no alcanzaban a cubrir ni el viejo quiosco de la plaza, en cuya fuente los pájaros trinaban entre sí, esperando que saliera un chorro de agua. En las calles, empolvadas y desiertas, no se veía ni un alma redentora; solo el carretón de Domitila congregaba a los sedientos que, golpeados por el calor, se acercaban por un poco de agua. Esta escena parecía

sacada de una película. El campanero era mudo testigo de la desolación al verla desde lo alto de las torres de la iglesia. Tan intenso era el calor, que las misas se celebraban después del atardecer. En ellas el sacerdote proclamaba que este infierno era un castigo divino, y exhortaba a los feligreses a arrepentirse de sus pecados.



Después de once días de sufrimiento, Juana estaba a punto de desfallecer. Dudó de lo que hacía. Se cansó de rogar a que el cielo se abriera y soltara el preciado líquido. La lluvia no se veía por ningún lado. Se convenció de que era inútil insistir. Debía hacer algo diferente. Aunque sufría por ella, el dolor era aún mayor por su madre y sus hermanos. Lázaro, el más pequeño, había sido atacado por un perro rabioso. El intenso calor comenzaba a reclamar sus primeras víctimas. La enfermedad postró a su hermano, quien deliraba y sacaba algo de espuma por la boca. “Es el diablo”, dijo el cura y preparó los santos óleos. Su madre, desconsolada, imploraba por un milagro. Juana la observaba llorando. Sabía que sería imposible que su hermano se recuperara. Había aprendido que los milagros no existen, que solo hay sufrimiento y abnegación. “¿Existe Dios?”, se preguntó sollozando mientras se agachaba y abrazaba a su madre que permanecía hincada, implorando. La atrajo hacia sí y la estrechó contra su pecho buscando reconfortarla, pero fue inútil. En ese momento de desesperación constató lo que ya sabía: a una madre que sufre por su hijo enfermo, nada la puede consolar.

Lázaro cayó en estado de shock, su pulso dejó de ser palpable y perdió el conocimiento. El cura comenzó a recitar las oraciones apresuradamente, ansioso por terminar y retirarse. Tenía un compromiso importante que cumplir esa tarde: officiar la boda del médico del pueblo. Juana se

enfadó al verlo empacar sus pertenencias, como si hubiera terminado su deber, dando por sentado que su hermano ya estaba muerto.

Después de varias horas de rezar hincada, su madre se desmayó. Todos corrieron en su auxilio temiendo lo peor. Juana les agradeció el gesto y los invitó a quedarse, ofreciendo a cambio comida y agua fresca. Algunos propusieron ventilar la casa mientras llegaba el alimento. Para colmo, al abrir la puerta, un perro negro, jadeando y con la lengua de fuera, se coló al interior, llegando hasta la habitación donde reposaba el cuerpo de Lázaro. Algunos saltaron sobre el animal y lograron capturarlo, pero fueron mordidos en el acto. Esto conmocionó a los presentes que, asustados, gritaron a pecho abierto. Juana les pidió tranquilizarse y atendió a los heridos, en tanto acudía el doctor.

Tras pasar la noche en vela, orando y esperando al doctor, este llegó poco después del amanecer. Su sonrisa franca reflejaba la felicidad de su gran noche. Su luna de miel aún no terminaba, sin embargo, comprometido con los pobladores, había retrasado su viaje de bodas. En cuanto entró a la casa de la madre de Juana, revisó a los heridos y les inyectó inmunoglobulina. Ya se retiraba cuando vio a Lázaro, que continuaba postrado e inmóvil. Al acercarse a revisarlo se percató de que no tenía rabia. Padeecía una aguda deshidratación, y su debilidad y agotamiento se habían intensificado por falta de comida. Fueron por suero y el doctor ordenó aplicárselo y desalojar la habitación.

Juana se sintió feliz con la noticia de que su hermano se recuperaría y volvería a ser el niño malcriado de siempre. Todavía no terminaba de agradecerles a todos por su apoyo, cuando escuchó ruidos en las láminas que cubrían el techo. ¡No podía creerlo!

Sin despedirse del doctor, Juana salió corriendo y, mientras se mojaba y daba brincos de gusto, volteó hacia el cielo gritando: —¡Gracias!

Cuatro días después de la lluvia, Lázaro se levantó...”.

—¿Qué les pareció? —preguntó Salomón, sujetando débilmente su bastón.

Los niños guardaron silencio. No se escuchaba nada hasta que Juana, la bisnieta de Juana, gritó:

—¡Mentiras!”.

Una semana más tarde, Salomón murió. Algunos dicen que de rabia, otros que sufrió insolación.

En el pueblo aún se preguntan si los cuentos de Salomón eran solo eso.

Aunque lo buscaron, incluso entre las nopaleras, su bastón nunca apareció. Se dice que alguien lo vio volando más allá de las nubes.

...Una vez recabada la opinión de los dos críticos, se observó que eran muy dispares entre sí, pero ambas coincidían en un punto: “Este es un tipo diferente de relato. Solo un milagro evitaría que ustedes ...”, decía el reporte que se entregó al jurado que aún deliberaba...

Horas después de una acalorada discusión, decidieron enviar el cuento a un “lector de confianza”...

Muy lejos de ahí, a 149 años luz en el futuro, en un planeta circuntriplo en la constelación de Cygnus...

Dom acarició a su hijo y le dijo:

—Nunca olvides de dónde vienes. Recuerda que la gran sequía sufrida en la Tierra casi extinguió a nuestros antepasados. Afortunadamente, un milagro los sacó adelante. Gracias a eso, hoy podemos disfrutar de esta tranquilidad y...

Aunque Ram escuchaba a su padre, no contestó. Estaba absorto mirando a través del gran ventanal al más chico de los tres soles. Veía cómo aceleraba y se adelantaba a los otros dos. El equilibrio se había roto. Eso significaba solo una cosa; en Rebir necesitaban un milagro para sobrevivir.

Dom se llevó la mano a la cabeza. No podía creerlo. Su mayor temor se hizo realidad: el ballet celestial había fallado. En ese momento supo que no hay “Pas de Trois” perfecto, ni equilibrio perpetuo.

Mientras tanto, a lo lejos, desde la Tierra y 149 años después de lo sucedido en Rebir, un resplandor sin precedentes fue observado. Los científicos confirmaron lo que habían descubierto recientemente: el planeta con características similares a la Tierra había desaparecido. Se desató un debate entre ellos, culminando con la aceptación mayoritaria de que el planeta Rebir nunca existió; todo había sido derivado del patrón orbital que se interpretó como la influencia gravitatoria de los tres soles, simulando su trayectoria. Concluyeron que hallar vida en un sistema estelar triple presenta desafíos únicos debido a la complejidad gravitacional y las condiciones de habitabilidad variables. “Se necesitaría un milagro”, afirmó el jefe de la investigación, poniendo fin a la discusión.

Cerca de ahí, el jurado aún deliberaba. No había noticias del “lector de confianza” a quien se había enviado el cuento. Samuel, nuevamente, intervino diciendo:

—Pidamos la opinión de Gemini, el nuevo programa inteligente de Google.

—Y la de ChatGPT-4 —dijo María, añadiendo: —Para eliminar la subjetividad, debemos recurrir al menos a dos entes sin sentimientos, pero dotados de conocimientos literarios, y que sean capaces de discernir sin emociones. Preguntemos sobre la prosa, columna vertebral de la narrativa.

Todos asintieron... y esto fue lo que opinó Gemini:

“El cuento Milagro está escrito en prosa poética, con un lenguaje rico en descripciones sensoriales. El narrador omnisciente nos presenta la historia desde una perspectiva objetiva, pero también nos permite conocer los pensamientos y sentimientos de los personajes”.

Enseguida le preguntaron a ChatGPT-4 y esta fue su respuesta:

“La prosa de Milagro se caracteriza por ser rica y detallada, con una inclinación hacia lo poético y descriptivo que realza tanto el ambiente como las emociones y los pensamientos de los personajes”.

Al leer y comparar las opiniones de ambos, el jurado quedó boquiabierto. No esperaban que Gemini y ChatGPT-4 concordaran, algo que no lograron los dos críticos. Pareciera que las emociones habían interferido en el juicio de los humanos, a diferencia de los programas inteligentes que emplearon su fría lógica para realizar sus análisis. Esto hizo que los jueces reflexionaran profundamente sobre el futuro y el papel de la inteligencia artificial en la crítica literaria.

Atemorizados por la posibilidad de ser reemplazados por chatbots, empezaron a sudar copiosamente a pesar del frío que imperaba dentro del penthouse. Finalmente tomaron una decisión unánime: declarar desierto el concurso para evitar establecer un precedente que pusiera en duda la capacidad crítica humana frente a la IA.

Fernando Perales.